

SOBRE EL PERFIL IDEOLÓGICO DE ALGUNOS CUENTOS TEMPRANOS DE CAMILO JOSÉ CELA

Mechthild Albert

Universidad del Sarre en Saarbrücken

Los primeros cuentos de Camilo José Cela, reunidos en el tomo II de su *Obra completa*, corresponden básicamente a tres volúmenes anteriores: *Esas nubes que pasan* (1945) [ENP], *El bonito crimen del carabinero y otras invenciones* (1947) [BCC] y *Baraja de invenciones* (1953) [BI]. En el prólogo de esta recopilación, titulado «Trabajosa primera piedra artesana» y con fecha de “Palma de Mallorca, 20 de enero de 1963” (23), Cela confiesa que, al ordenar sus variopintas narraciones, se tropezó con “un escollo que tiene hechuras y malas mañas de petardo, un arridete que al reventar da suelta, como la caja de Pandora al abrirse, a todas las calamidades” (18). En la presente contribución me propongo abrir esta “caja de Pandora” para buscar el fondo ideológico de este autor cuya fulminante carrera se inicia en el marco de y en parte gracias al sistema cultural del franquismo. Protegido, en sus comienzos, por Juan Aparicio, jefe nacional de Prensa y Propaganda (Rodríguez Puértolas I: 585), Cela pasará a ser el máximo representante de la famosa “quinta del SEU”.⁹⁶ A continuación, tras una resumida introducción general, presentaré una breve aproximación tipológica de la producción cuentística para dedicarme, en la parte central, a los relatos con más palpable carga ideológica publicados en las tres antologías mencionadas.

⁹⁶ “Quinta de combatientes y universitarios: gente ingenua, impulsada por una enorme sanidad vital, sincera, cruda y a veces bronca [...]; entusiasta y auténtica hasta el sacrificio, disciplinada y deportiva; católica a muerte y a veces gibelina [...]; revolucionaria; para siempre soldada con el compromiso irreversible de la sangre” (Gómez de la Serna 197).

Los primeros relatos de Camilo José Cela se publican a partir de la primavera de 1941, o sea dos años después del final de la guerra civil, en diarios, periódicos y revistas –todos ellos bajo las condiciones de la censura, pero cada uno afecto en mayor o menor medida a la ideología oficial del régimen. Al lado de la prensa local o regional como *Voz de España* (San Sebastián), *Voz del Sur* (Cádiz) o *La Vanguardia* (Barcelona), figuran periódicos de tirada nacional como *Arriba*, *ABC* o *Informaciones*. Entre los medios particularmente comprometidos desde el punto de vista ideológico en los que Cela publica sus relatos, cabe mencionar *Medina*, revista de la Sección Femenina de FET y de las JONS, “por la que sentía gran admiración” nuestro autor (Rodríguez Puértolas I: 585), *Fotos*, «Semanario gráfico de reportajes» editado por FET y de las JONS entre febrero de 1937 y 1963,⁹⁷ o *Juventud*, «Semanario de combate del SEU», en el que publicó también sus *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*.⁹⁸

Sin embargo, el medio de publicación no va a determinar necesariamente el posible grado de carga política del texto; de esta manera, algunos ‘insignificantes’ cuentos humorísticos (discurso de evasión, y por ello sugerente de tomar partido por el régimen) pueden publicarse en *Arriba*, mientras que una parábola muy ideologizada se da a conocer en algún oscuro almanaque de provincias. Gran parte de esta primera narrativa breve obedece, además, a imperativos económicos –así lo confiesa el mismo Cela⁹⁹ y así lo confirman de manera patente los relatos humorísticos sobre temas cronométricos que Cela escribe para *Precisión*, órgano del gremio de relojeros, y que reúne en el volumen de referencia de su *Obra completa* bajo el epígrafe de «Cuentos para relojeros».¹⁰⁰ Es digno de mencionar, además, que las

⁹⁷ Para más información sobre esta revista véase Aguilar Bermúdez *et al.*

⁹⁸ Novela publicada en 16 entregas del 4 de julio al 18 de octubre de 1944, en los números 39 a 54 de *Juventud*.

⁹⁹ Véase la nota al cuento «Una rueda de mazapán para dos»: “El día 23 de noviembre de 1949, en mi casa de la calle de Ríos Rosas, de Madrid, dicté este cuento con más de 40º de fiebre. No tenía una peseta, ni de donde saliese, y no era cosa de desperdiciar la ocasión de ganarme unos duros (exactamente noventa duros). Ahora, al cabo de los años y ya sin demasiados agobios económicos, recuerdo aquellos amargos y heroicos tiempos casi con estupor” (403).

¹⁰⁰ Estos «Cuentos para relojeros» comprenden: «La hora exacta de Ismael Laurel», en *Precisión*, julio-septiembre de 1951; «La lata de galletas del chirlerín Marcial», en *Precisión*, octubre-diciembre de 1951; «Estebita, despertador, colondrio, un sueño», en *Precisión*, octubre-diciembre de 1952; «El sentido de la responsabilidad o un reloj

tres colecciones de cuentos citadas arriba no sólo reúnen las narraciones escritas en el período inmediatamente anterior, sino que comprenden —en la versión recopilada para la *Obra completa*— también cuentos más antiguos.¹⁰¹ Es el caso particular de *Baraja de invenciones* (1953), donde (en la versión de la *Obra completa*, 1963) encontramos relatos —además, muy politizados— publicados con mucha anterioridad, que es decir entre 1943 y 1946, en una fase muy distinta en cuanto a la evolución ideológica del régimen— y del autor. Estos cuentos merecen una atención particular.

Veamos, para comenzar, el panorama tipológico que se desprende de las primicias cuentísticas de Cela. Por una parte tenemos, por supuesto, la corriente tremendista al estilo de *La familia de Pascual Duarte* (1942), con relatos como «Marcelo Brito» y «El misterioso asesinato de la rue Blanchard» (ambos en ENP), «El espejo» o el enigmático «Aullido de la charca» (ambos en BCC), que culmina en «La naranja es una fruta de invierno» (BI), obra maestra escueta y depurada que se publicó por primera vez en la prestigiosa revista *Clavileño* (julio-agosto de 1950). Por otra parte, se perfilan claramente aquellos relatos que se sitúan en el contexto de *La colmena* (1951), y cuyo denominador común es una atmósfera de tragedia cotidiana, de tristeza resignada y sonrisa ambigua, como por ejemplo en «Unas gafas de color» (narración que va a ser integrada, posteriormente, en *La colmena*), «Purita Ortiz», «Se alquilan galas nupciales» y «La nueva vida de Encarnación Ortega» (todas en BCC) o en «Una rueda de mazapán para dos» (BI). En el marco de ese mismo ambiente pequeñoburgués, Cela tematiza el contraste entre historia privada e historia universal —tanto en el relato elegíaco «A la sombra de la colegiata» (ENP), como de manera satírica en «Guerra del fin del mundo» (BI).

Una temática nueva, todavía ausente en *Esas nubes que pasan*, y que surge a partir de *El bonito crimen del carabinero*, es la niñez. Aparte de «Fauna del adoquinado» (BCC) que, a través de su inspiración picaresca, se relaciona con las *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1944) y con la vertiente tremendista, otros

despertador con la campana de color marrón», en *Precisión*, julio-septiembre de 1953; «Aquel reloj de torre», en *Precisión*, octubre-diciembre de 1953.

¹⁰¹ En un prólogo titulado «Cuervo de las ruinas» (29-38), Cela explica las variaciones de contenido y estructura que existen entre las ediciones originales de los tres libros y su reordenación en el tomo II de la *Obra Completa*.

dos relatos que evocan la infancia de manera muy intimista y subjetiva, como «Un niño piensa» y «La memoria, esa fuente del dolor» (ambos en BI), parecen tener un claro referente autobiográfico. Los tres restantes ejemplos de este grupo —«La doma del niño», «Las orejas del niño Raúl» (ambos en BBC) y «Un niño como una amapola» (BI)—, abstracción hecha de sus posibles reminiscencias autobiográficas, aluden de manera más o menos explícita a la relación problemática entre norma y desviación de la norma, tema de evidente trascendencia ideológica que no voy a profundizar aquí.

Otro núcleo lo constituyen los relatos humorísticos, entre ellos la serie de relatos veraniegos publicados en *Arriba*,¹⁰² cuyo protagonista, “el pequeño veraneante”, constituye un modelo de identificación tan amable como ridículo, opuesto a cualquier pretensión heroica que podría mantenerse al nivel de la ideología oficial, dos lustros después del ‘alzamiento’. En este grupo también se encuentran los ya mencionados «Cuentos para relojeros», uno de los cuales¹⁰³ recuerda en particular el entrañable pesimismo existencial que caracteriza los relatos de Samuel Ros (1914-1945), malgrado humorista falangista (v. Albert, *Vanguardistas*) al que Camilo José Cela dedicó una «Glosa en loor de un compañero muerto» (en *Ya*, 7-I-1945). Los cuentos humorísticos abundan particularmente en la obra *El bonito crimen del carabinero*, donde abarcan un panorama bastante amplio, aparte de las variantes ya mencionadas. Entre ellos, el relato «Un servidor no es de bata» (en *La Voz del Sur* [Cádiz], 15-X-1950), en el que un señor propone venderle al narrador un cuento de su invención para que éste pueda permitirse el lujo de comprarse una bata, refleja de modo autoirónico y absurdo la apretada situación económica del propio autor. Por otra parte, «El volcán (cuento para histéricas)» (en *Primer Plano*, 4-V-1947), exalta los tópicos sexuales y misóginos que, más allá del contexto frívolo-tremendista de la posguerra (v. Albert, «El tremendismo»), constituye una constante fundamental y permanente en la ideología personal del premio Nobel. «El hacendista» (en *La Tarde*, 18-XII-1948), por fin, puede leerse incluso como sátira de la

¹⁰² «El pequeño veraneante se baña», en *Arriba* (23-VIII-1946); «El pequeño veraneante va de pesca», en *Arriba* (14-IX-1946); «El pequeño veraneante viaja», en *Arriba* (28-XI-1946).

¹⁰³ «El sentido de la responsabilidad o un reloj despertador con la campana de color marrón», en *Precisión* (julio-septiembre de 1953).

política económica de Franco, poniéndose al descubierto la ambigüedad ideológica de los cuentos tempranos de Cela: “Ante la inflación y la escasez de víveres, un padre de familia da a sus hijos un duro para que no coman a mediodía; por la tarde les cobra un duro para que puedan cenar. De esta manera, ahorra la comida y el duro, dando incluso a sus hijos la impresión de haber hecho un negocio. Con este milagro económico gana puntos para ser ministro de hacienda”.

La recopilación *Baraja de invenciones* (tal como se presenta en la *Obra completa*) constituye una síntesis de la narrativa temprana de Cela; al lado de las corrientes ya mencionadas se destaca, además, una serie de leyendas y cuentos folclóricos del entorno gallego, centrados en curanderas, brujas, sirenas y otras protagonistas mágicas y fatales, publicados en *Arriba*, *Mundo Hispánico* y *Finisterre*.¹⁰⁴ Otro grupo curioso está formado por tres relatos que se publicaron en *La Vanguardia* de Barcelona, en 1950 y 1951. Está integrado por una especie de cuento de hadas trágico, «El andarríos del Octavín pasa por el horizonte» (22-III-1950) así como dos relatos bienpensantes pero de cierto talante cursi, dedicados al ‘mejor amigo del hombre’, el perro, el último de los cuales le valió a Cela un premio de la Sociedad Protectora de Animales¹⁰⁵ –que éste no tardó en donar a esa misma asociación. Por último, llama la atención un conjunto de cuatro cuentos en *Baraja de invenciones*. Se distinguen de su entorno tanto por su temprana fecha de publicación como por su carácter marcadamente ideológico y su argumento a veces confuso. Se trata, por orden cronológico, de «La última carta de Sir Jacob» (en *Haz*, febrero de 1943), «La horca» (en *Escorial*, julio de 1944), «Cuando todavía no era pescador» (en *Arriba*, 3-IX-1944) y «Dos cartas» (en *Arriba*, 28-VII-1946). La parte principal de mi estudio se centrará en estos y otros cuentos de igual o análoga índole ideológica.

En este corpus se pueden distinguir tres grupos de textos según su planteamiento ideológico. En primer lugar, existe en ellos expre-

¹⁰⁴ «El Garamillas de la ramalleira...», en *Arriba* (4-IV-1950); «Maria d’a Portela, la sabia del lombrigueiro», en *Arriba* (14-IV-1950), ambos publicados bajo el epígrafe «Censo de brujos, brujas y brujerías»; «La verdadera historia de Cobino, rapaz padronés que se casó con sirena de la mar», en *Mundo Hispánico* (agosto de 1950); «Un cuento a la antigua usanza / Margarita Sin Sol, la mesonera de *El mirlo de loza*», en *Finisterre* (diciembre de 1948).

¹⁰⁵ «Pequeña parábola de Chindo, perro de ciego», en *La Vanguardia* (3-III-1950); «El perro del Mina Cantiquín», en *La Vanguardia* (30-XI-1951).

sada una fuerte tendencia contra el mundo anglosajón y su religión protestante. En segundo lugar, determinados relatos sirven para ilustrar el ideal antropológico del hombre de acción, que lleva una vida heroica, violenta y apasionada. Y, por último, Cela recurre a veces a la parábola para tematizar asuntos con implicaciones políticas, cuya valoración ideológica es, sin embargo, un tanto ambigua.

«El club de los mesías» (en *Juventud*, 28-I-1943) constituye una sátira acerba de la civilización norteamericana, al criticar en particular el ‘sectarismo’ protestante con su filantropismo hipócrita. A ello alude el título, denominación despectiva de la *Philanthropic Society* (121). El narrador, a la vez que protagonista, es Juanito Ortiz Rebollado, un antiguo marinero gallego que cuenta su aventura norteamericana a sus compadres “de tierra firme” que le escuchan “con la boca abierta, con los ojos espantados por la admiración” (113). Juanito (el diminutivo es significativo), “medio bebido” (113), se estiliza como “hombre de acción” (114) al contar como, perseguido por la justicia brasileña y maltratado por el capitán de su barco, huyó nadando a la costa de Florida, haciendo frente heroicamente tanto a los tiburones como a los policías de la guardia costera: “La luna estaba en el cielo, el policeman en el muelle y el tiburón en el mar” (116). Sin embargo, el tratamiento irónico del personaje de Juanito no resta importancia a la crítica ideológica formulada a través de su relato –relato que por sus implicaciones políticas va más allá de los habituales infortunios de un pícaro marinero que termina por hacer fortuna en los Estados Unidos.

Con el primer intento de desembarco en la costa de Miami descubre el pobre Juanito la arrogancia y hostilidad de las autoridades norteamericanas frente al inmigrante clandestino:

Cuando quise saltar a tierra, un señor vestido de blanco que había en la aduana no debió encontrarme lo bastante apto para codearme con los ciudadanos de la Unión y me dijo, de muy malos modos, por cierto, que allí no me bajaba. / Yo me defendí, como es natural; le dije que a ver qué se había creído, que yo no era ni chino ni negro, etc., etc.; pero el señor de la aduana se limitó a cambiar de postura, a coger el puro entre los dientes y a hacer una seña a un policeman que estaba al lado de él y que parecía un boxeador. El hombre me cogió por el cuello, igual que cogen los porteros de los cabarets a los señoritos borrachos, y me puso en la pasarela. (114-15)

En su segundo intento de desembarco, que logra con éxito, Juanito no sólo recuerda explícitamente, en una combinación paródica, al gran Colón a la vez que al prístino Adán, sino también, implícitamente, a Critilo y Andrenio (los héroes de *El criticón* de Gracián), Robinsón Crusoe y otros tantos náufragos ilustres que inician un duro proceso de aprendizaje en tierra desconocida:

No sé si Cristóbal Colón habrá sentido la satisfacción que yo sentí al tocar el suelo. Imaginar a los Estados Unidos tan grandes, al policeman tan chico y a la policía brasileña tan lejos, me causó un momento de tal felicidad que difícilmente lo olvidaré en los días de mi vida. / Me desnudé para ayudar a la ropa a secarse y me senté, como Adán en el Paraíso Terrenal, sólo que con más frío, sobre una piedra. (116)

La desnudez de Juanito, al que le han robado la ropa durante la noche, da pie a un encuentro burlesco, que termina en palos, con los integrantes de una familia sorprendida por la aparición imprevista de un forastero en cueros, cuyo idioma no entienden. Después de este encuentro, Juanito llega a la conclusión de que la compasión y la lástima, la misericordia y la caridad, es decir, las virtudes teologales, son virtudes exclusivamente europeas, y por tanto desconocidas en Norteamérica:

Eso de que las viejas tienen el corazón tierno debe ser cosa de la anciana Europa. / Lo digo porque más debiera parecer el aspecto que llevaba digno de lástima y compasión que de achucharme perros, niños, policías, como no obstante las viejas de aquel pueblo se divertían en hacer. La carrera que me dieron desde que la emprendieron conmigo hasta que me metí de cabeza en aquella capilla evangélica, es algo cuyo recuerdo me sobresalta. (118)

Huyendo de los inhospitalarios puritanos, Juanito encuentra refugio en una “capilla evangélica” (118), cuyo pastor logra calmar “la patulea de [los] perseguidores” gracias a un “hermoso sermón” (119). En cambio, el buen pastor acaba “tratándole de catequizar en la doctrina de su secta: una secta que no era tal secta, según él decía, sino la base de la futura prosperidad espiritual y material de la humanidad” (119). Guiado por instinto de pícaro y pidiendo a Dios indulgencia para “alimentar[s]e de lo que pudiese” (120), Juanito decide iniciarse en la *Philanthropic Society*, donde sorprendentemente se encuentra con

todos aquellos ciudadanos norteamericanos que poco antes le habían perseguido y que ahora le piden disculpas y le devuelven su ropa robada. “Era verdaderamente ejemplar aquella solidaridad” (121) –tan ejemplar como hipócrita. Su desprecio por la sociedad estadounidense se acrecienta todavía más cuando Juanito se entera de que los componentes de “las fuerzas vivas” de Miami, “un pueblo” cuyo alcalde “se cree el ombligo del mundo” (121), son los mismos que los del “club de los mesías”: “Vivas, lo que se dice realmente vivas, no había allí más fuerzas que las que momentos antes había saludado” (121).

El éxito del pícaro está asegurado cuando desvela el gran tabú de esta moral hipócrita al mencionar el verdadero móvil y valor supremo de este sistema: el dinero. Así sucede cuando a propósito de la dignidad, que él considera “virtud para barrigas llenas”, Juanito exclama “¿me exigís dignidad?, ¡dadme dinero!”, haciendo suyo el gesto arrogante de aquel griego que dijo “¿queréis que mueva la tierra? ¿Sí? ¡Pues dadme un punto de apoyo!” (123). Gracias a este momento de inspiración retórica –y gracias a Dios «que está en los cielos y todo lo dispone» (123)– Juanito llegará a hacer fortuna en los Estados Unidos, pues le harán “presidente de la cámara de comercio de Miami” y “director del economato de la Philanthropic” (123).

El triunfo del pícaro gallego se relaciona, a partir de la denuncia del sectarismo religioso y de la moral hipócrita de los norteamericanos, con todo un discurso de discriminación racial y nacional. Mientras que referirse al hecho de que “no era ni chino ni negro” (114) no le salvará de ser expulsado por el “policeman [...] boxeador” (114) con motivo de su primer intento de desembarco, el pastor se refiere al mismo criterio de la raza para que reconozca el valor de su salvación: “El pastor [me] dijo algo así como: de buena te has librado, muchacho, ¡si llegas a ser negro!, a lo que yo no me acuerdo qué le contesté, aunque sí sé que algo parecido a un: no señor; gracias a Dios soy de Betanzos. La Coruña, España” (119). Poco después, para denigrar a las sectas protestantes de Norteamérica, el narrador hace juntar a todos los pueblos en contra de esta perniciosa costumbre de índole religiosa, lanzando, además, un insulto contra la falta de tradición y contra la ‘bastardía’ racial de los Estados Unidos:

Como los europeos y los asiáticos somos los únicos mortales que tenemos abuelos conocidos, a mí siempre me olieron un poco a timo esos específicos de los norteamericanos. ¡Qué quieren ustedes! / No es que uno sea una monja de la caridad, ni mucho menos; pero por lo menos, los españoles y

los chinos, los franceses y los japoneses, y los italianos y los indios, cuando no sabemos ya qué resolver ni con quién meternos, nos fastidiamos y nos aguantamos, pero no nos dedicamos a fundar religiones. (119-20)

Otro elemento de discriminación intercultural puede observarse en el altercado entre Juanito y un “viejete [...] que tenía un tío francés” y que empieza a discutir sobre el “concepto de dignidad”. La aversión de Juanito contra el ‘afrancesado’ podría testimoniar aún, apenas cuatro años después de terminar la guerra civil, el odio de los nacionales hacia la Francia del Frente Popular, que había apoyado a la España republicana:

El hombre hablaba y hablaba como un verdadero diputado por Marsella o por Saint-Etienne, y como decía cosas que yo no entendía, pero que me parecían contrarias a las buenas costumbres, le interrumpí de sopetón y le dije que se callase, que ya había dicho bastantes sandeces. (122)

A esta afrenta, el sobrino del francés reacciona echándole en cara al gallego toda una serie de insultos, empezando por un estereotipo antihispánico: “Empezó a gesticular, a decirme que yo no conocía la corrección, que era un torero ambulante” (122). Como era de esperar, el relato termina con una profesión de fe nacionalista, mejor dicho regionalista: conmovido por la nostalgia de su patria gallega, Juanito renuncia a su gloriosa posición social en los Estados Unidos para volver a su pueblo, Betanzos, despidiéndose de las autoridades norteamericanas con la siguiente copla: “Hay un pinche de Betanzos / que se llama Serafín / y que cuece los garbanzos / en la marmita de Papín. / Good bye!” (122).

Teniendo en cuenta que este relato se publicó en *Juventud*, el «Semanario de combate del SEU», en enero de 1943, los insultos contra los norteamericanos (por su sectarismo religioso y su hipocresía moral) y los franceses (por su grandilocuencia hueca sobre la dignidad humana), que configuran el mensaje ideológico, cobran fuerza política ante el contrato o conato de solidaridad que Hitler y Franco firmaron en contra de los aliados en el mes de febrero del mismo año. Por lo demás, Cela parece haber desarrollado un antiamericanismo visceral que se refleja por ejemplo en la anécdota, relatada por Enrique de Aguinaga, de un altercado entre Ramón J. Sender, exiliado en los Estados Unidos, y Cela, motivado por la observación de éste

“que confiaba en que, un día, los carros de combate rusos invadieran los Estados Unidos” («Cela y las moscas»).

En el mismo momento histórico en que salen a la luz las aventuras norteamericanas de Juanito, es decir en el mes de febrero de 1943, Cela publica en *Haz*, la revista del Sindicato Español Universitario, dirigida por Rafael García Serrano, el cuento «Última carta de Sir Jacob, joven sentimental», que también muestra un fuerte rechazo hacia el mundo anglosajón. A través de la carta de adiós que Sir Jacob McJacobsen, joven escocés que va a morir de tisis a los 31 años, escribe a su antigua amada, la condesa María Alexandrovna, Cela construye una antítesis ideológica entre la civilización protestante, nórdica, ‘insana’ y endeble, y el mundo católico, mediterráneo, vitalista, representado a través de la Ucrania, patria de la condesa. El moribundo evoca la “tierna y nostálgica Ucrania marinera, la de los almendros, las vides y los naranjos” (491), que opone al “clima ruin” de su Escocia natal, y del que se considera víctima: “Pago las culpas de un clima ruin [...], y esa injusticia que clama a los cielos me subleva hasta la última gota de sangre. En vuestro país, como las enfermedades están sabiamente repartidas, no os dais cuenta de lo que significa toser a cambio de conocer el sabor de la sangre en el pecho” (492). Partiendo del tópico romántico de la dicotomía y atracción dialéctica entre las mentalidades septentrional y meridional (v. Bonstetten), Sir Jacob concibe en vano una síntesis ideal entre las dos, expresada a través de unas imágenes con bastante afectación: “La hortensia de Byron hubiera necesitado un injerto: flor silvestre de navegante portugués o de conquistador español. La dalia de Goethe [...] murió sin recibir lo que Beethoven acabó por recibir después de mucho suspirar: la madre selva del condottiero” (505). A través de su pasión por María Alexandrovna, el joven sentimental alimenta su amor irrealizable por la cultura mediterránea: “Me gusta, como también me gusta la religión católica, como también me gustáis vos... Si no tuviese la obligación de morir, os propondría un viaje por el Mediterráneo, por el mar de los católicos; los marseleses y los napolitanos también hacen sonar el acordeón” (494).

A su aprecio por la religión católica corresponde el desprecio por el protestantismo anglicano:¹⁰⁶ “La iglesia de mi país es una rémora

¹⁰⁶ Véase la siguiente observación del cura don Gumersindo en «Don Evaristo» (*Primer Plano*, 8-VIII-1943): “Los protestantes dicen que las almas se salvan por la fe; no haga usted caso. La fe sin obras es fe muerta: mientras vive, bulle; pero cuando muere..., ¿qué queda cuando muere?” (127).

para los moribundos que nos obstinamos en vivir, y los pastores –por regla general– no pasan de ser unos pobres conversadores” (492). Los pastores incultos “son felices con sus amplias mujeres, con sus tiernos y albinos hijitos, generalmente estúpidos como gallinas” (493). Como “última prueba” de la “maldad” satánica que puede habitar en un alma protestante, Sir Jacob relata el episodio de un gorrión matado cruelmente por un tal Cecil Wilmot, hijo de pastor. De paso sea mencionado que el estilo de esta anécdota tan horrible como absurda parece situarse entre el debut surrealista de Cela y el paradigma tremendista: “El gorrión tenía el pecho atravesado por un alfiler de cabeza gorda del que pendía una pequeña cinta que decía: *Christmas Greetings. Cecil Wilmot.* [...] El pajarito ha sido enterrado en la biblioteca, dentro de una aburrida y gorda *History of Italy*” (499, 500).

La descripción del “pequeño monstruo” Cecil Wilmot,¹⁰⁷ aparte de insistir en el desprecio al anglicanismo burgués y obtuso, expresa un odio hacia los niños, que llega a extremos de arbitraria crueldad (véase, por ejemplo, el párrafo en la página 496, que oscila otra vez entre una violencia surrealista y una tremendista). Al mismo tiempo, Sir Jacob deplora la triste suerte de los “niños malditos”, víctimas del sistema educativo inglés, abandonados por sus padres al cuidado de los primitivos pastores que someten a estas “tierna[s] oveja[s]” a la desalmada disciplina del internado (501). Tanto le obsesiona a Sir Jacob “el atroz recuerdo de los niños malditos” (503) que aprovecha su última carta para “romper [...] una lanza en defensa de los niños malditos” e invitarles a llorar con él y con él “maldecir de vuestros padres, de vuestra mortuoria casaca, de la homicida sonrisa del pastor y de esa fuerza misteriosa que os lleva a cogeros de la mano, durante los recreos, por las húmedas esquinas del patio del internado” (502).

Otro aspecto de la civilización anglosajona repudiada por Sir Jacob es la economía política y el parlamentarismo democrático:

Adam Smith, padre de la nueva ciencia que recibe por nombre el de economía política... ¿Qué trabajo me hubiera costado coger la pluma y

¹⁰⁷ “Pelirrojo, pasmado y legañoso como una corneja; patizambo, sanguíneo y taimado como un buey; y sonriente, espectacular y cochidamente lugareño como su padre, toda la familia de su padre, y por lo menos la mitad de los feligreses de su padre” (500).

empezar así un artículo; levantarme en los Comunes y comenzar así un discurso? Pues bien, jamás lo he hecho. Y cuando he visto u oído que otros lo hacían, los dejé que siguieran y nos les descubrí la trampa. (497-98)

El ajuste de cuentas con el sistema político y religioso anglosajón, como opuesto al mundo católico, junto con las marcadas tendencias misóginas, la argumentación incoherente así como el estilo exaltado y rapsódico recuerdan por lo demás a Ernesto Giménez Caballero, apologista de la variante del fascismo considerada como “nueva catolicidad” –aunque no dispongamos de datos concretos que comprueben un efectivo caso de recepción o intertextualidad.

La reflexión, expuesta en «La última carta de Sir Jacob», sobre el contraste cultural entre norte y sur implica también una reflexión sobre vida y muerte, vitalismo y decadentismo, que volveremos a encontrar en otros relatos de Cela.¹⁰⁸ Unas veces, el enfermo se rebela contra la muerte, resistiéndose “a dejar[s]e arrastrar, como si no tuviera voluntad” (507) para exaltar un ideal de vida intensa: “Vivir, vivir desbocadamente, a caño lleno, vivir avaramente. Y vaciar la vida por la borda” (508). Otras veces, convencido de que la “felicidad es algo no aprehensible” (493), Sir Jacob se resigna “a morir como un estornino: dulcemente” (497). En el fondo, su fracaso radica en su incapacidad por conciliar vida y literatura, armas y letras, términos que reflejan el conflicto del joven autor, incapaz de cumplir su deseo de combatir en las tropas de Franco:

Porque habéis de saber, condesa, que relatar estupendas hazañas de poco nos vale si no sabemos vivirlas. Como de la misma manera, vivir hermosas o gloriosas acciones de nada nos sirve si no sabemos contarlas. / (Quizás esto os explique mi conformidad ante la muerte). (504)

Conforme a la antítesis entre armas y letras, al joven moribundo, representante de las letras a través de su conmovedora y poética epístola, se opone al entorno guerrero de María Alexandrovna.

¹⁰⁸ La alternativa entre vida heroica y ‘vergonzosa’ muerte por enfermedad constituía una obsesión para Cela, ya que, como se sabe, fue declarado inútil por completo por las autoridades militares del bando franquista, debido a una tuberculosis cuyo reflejo literario se ve en *Pabellón de reposo*.

Puesto que ella representa el polo mediterráneo y activo, no es de extrañar que su marido e hijos sean militares (de acuerdo con una profecía del mismo Sir Jacob):

Su marido, el conde Federico, coronel de húsares, estaba en la guerra. Sus dos hijos mayores, tenientes de artillería los dos, también. La condesa María sufría atrozmente; sin embargo, su papel de madre no le permitía decaer. Su única hija, Berta, viuda del príncipe Csarky, muerto a los pocos días de operaciones al frente de su escuadrón, era muy desgraciada. / Cirilo, su tercer hijo varón, de trece años de edad, con la cabeza erguida como un árabe y serio como un arzobispo, no se dignaba despegar los labios. Estaba ofendido con su madre, que le exigió promesa de no huir a la guerra. (485)

Al final del relato, vemos al joven Cirilo soñando con “heroicas escenas guerreras” que le ha inspirado la lectura de *La vida de Napoleón* (510), mientras que su madre, en un ambiente entre romántico y tolstoiano, vuelve a leer la última misiva de su antiguo amante casado, cuyas efusiones amorosas se entremezclan con curiosas invectivas misóginas, en las que no me detengo.

En otro relato de forma epistolar titulado «Dos cartas» (en *Arriba*, 28-VII-1946), Cela retrata al tipo opuesto al frágil Sir Jacob. Se trata de “don Evaristo Montenegro de Cela, elegante prosista y capitán de la marina” (510), hombre apasionado y violento. La primera de las dos cartas, fechada “A bordo de mi Toulina, anclada frente a Maceio, a 8 de noviembre de 1844”, va dirigida a su bienamada, “la señorita Rosinha Alagoas, hermosa perla de los cafetales de su padre”. Lleno de ternura, el capitán le cuenta una hermosa historia de sirenas y le promete hacer un dije de oro con un bucle que le había robado la víspera. Sin embargo, detrás de esta retórica de amante “rendido” se refleja el temperamento fogoso de un hombre indómito, que se revela desde el comienzo de su carta, donde don Evaristo afirma haber “tirado por la borda, para que se lo comieran los tiburones, que tanto os atemorizan, los dos carneros que ayer me regaló vuestro padre” (511). Y anuncia que va a hacer lo mismo con un esclavo negro que también le había regalado el padre de su adorada Rosinha: “Es posible que mañana vaya también al mar el negro Santos; me parece que está sarnoso. Espero que no toméis a desprecio mi determinación; os agradezco el presente en todo lo que vale,

pero reconoced que la sarna es un feo mal que precisa del agua” (511). Ante la brutalidad inhumana y repulsiva de su adorador, Rosinha se subleva y le anuncia la ruptura en un “perfumado billete” (513). Indignada, pregunta por la verdadera personalidad del capitán —medio hombre, medio monstruo— cuyo “mirar brillante” refleja un fondo abismal e inquietante: “No sé si sois un hombre o un monstruo, si un ángel o un demonio. Al negro Santos —cristiano como yo— lo he enviado de nuevo al cafetal; habla de vos con espanto y dice que tenéis el mirar brillante como el del jaguar. Yo —¡pobre Santos!— ya lo sabía” (514).

Dolorida y “desengañada” (514), Rosinha le amenaza con “castigar[le] como a un perro” si osa volver a aparecer. Fuera de sí por esta injuria, don Evaristo se encamina a la casa de los padres de Rosinha, provisto de dos pistolas, el rostro marcado por la huella de sus pasiones violentas: “Tenía la cara de la color de la cera y los ojos como de haber llorado. Unas violáceas ojeras le sombreaban dulcemente, casi trágicamente la mirada” (514). Al entrar en escena, causa una “fuerte emoción” entre los asistentes, ya que con un disparo certero descuelga la gran araña de cristal, logrando a través de este ‘acto gratuito’ el desmayo de la madre, la admiración del padre y el amor incondicional de la hija:

Tiró, y del primer disparo descolgó la lámpara de la habitación, que hizo un estruendo infernal al irse, en pedazos, contra el suelo. Guardó el arma y contempló la escena. Doña Rosa, presa de un ataque de nervios, se debatía en la mecedora de mimbre. Una nube de criados asomaba, entre maravillada y atónita, por todas las puertas y, en medio de ellos, cubriendo su gozo de fingido susto, Rosinha dejaba ver sus morenas y gordezuelas facciones. — ¡Pero hombre, don Evaristo! —se le ocurrió decir a don Joaquín Alagoas. (515-16)

A través de este gesto violento y soberano, don Evaristo da pruebas de ser un verdadero hombre de acción que sabe ganarse el respeto de los burgueses y conquistar el corazón de una mujer. Este modelo antropológico, radicalmente opuesto al enfermizo hombre nórdico, vuelve a encontrarse en otros dos cuentos de Cela, donde el ideal del hombre de acción es ilustrado desde un punto de vista histórico. El protagonista de «El capitán Jerónimo Expósito» (en *Lazarillo*, mayo de 1943), aún careciendo de referencia histórica concreta, parece ser

un caudillo de la conquista de América,¹⁰⁹ mientras que en «El séptimo mandamiento. La razón social Candelas, Balseira y Paco el sastre» (en *Informaciones*, 21-VI-1948), Luis Candelas, el famoso “bandido de Madrid, el hombre que fue al palo sin haber derramado ni una gota de sangre” (346), encarna el arquetipo de una vida violenta y heroica opuesta al mundo burgués y capitalista, que odiaba también la primera Falange.

Finalmente, entre los primeros cuentos de mayor resonancia ideológica queda el grupo de las parábolas políticas, integrado por «La tierra de promisión» y «Memorias del cabrito Smith, chivo insurrecto».¹¹⁰ «La tierra de promisión», fábula de inequívoco mensaje ideológico, fue publicada tal vez, como indica el mismo autor, en la *Hoja de campaña de la División Azul* (215). Esta localización nos parece muy probable, tanto por centrar el relato en la realidad cotidiana y tangible de los soldados –los personajes son piojos– como por su argumento: el justo castigo de un piojo “demagogo”, ateo y “revolucionario” (213), es decir, comunista. Repartida en seis breves capítulos, la narración empieza por evocar las varias tribus de piojos que viven, “gordos y satisfechos” (212), en la ropa y la piel del loco Alvarito. Una noche, Alvarito viene a compartir la cama con el señor Jacobo, un comerciante que no había encontrado otro alojamiento en el pueblo. Ante esta ocasión entra en acción el piojo revolucionario de nombre Martínez que considera al pulcro señor Jacobo una nueva y prometedora víctima, una verdadera “tierra de promisión”. El retrato del piojo

¹⁰⁹ Véase el breve retrato de este pícaro, nacido en la época de la novela *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*: “Me llamo Jerónimo Expósito, como todos sabéis, tengo veintiocho años y soy de aquí, de Almendralejo. He perdido un ojo de la cara por la patria y dos dedos de la mano por la guardia civil; con un ojo y los ocho dedos que me quedan, soy todavía capaz de dejar ciego o manco a cualquiera. Mi proyecto ya sabéis cuál es, echarme al mundo con un puñado de hombres detrás de la gloria y del dinero” (231).

¹¹⁰ A éstos se puede añadir, tal vez, «Don Homobono y los grillos», un relato humorístico escrito hacia 1943, que podría interpretarse como sátira –bien sea del ideal franciscano, o bien sea del liberalismo político. El protagonista, de nombre elocuente, es caracterizado con suave ironía como “filósofo rural” (144, 145), amante de la naturaleza, de los insectos y en particular de los grillos. Sin embargo, una calurosa noche de agosto, exasperado por la incesante “salmódia” de un grillo que no le deja dormir, don Homobono reniega de todas sus virtudes. Echando por la borda su carácter pacífico, sus principios liberales y su amor por la naturaleza, se transforma en una “furia del Averno” (145-46) y mata al inocente bicho.

Martínez y su discurso para conquistar la tierra virgen que representa el cuerpo del señor Jacobo, merecen citarse por completo, ya que constituyen la base de esta parábola política. Veamos primero la presentación del piojo Martínez, líder comunista con rasgos de Stalin:

Martínez era un piojo desarreglado y muy revolucionario. No encontraba de su gusto el pellejo de Alvarito y, lejos de conformarse, que era lo que la prudencia aconsejaba, estaba todo el día renegando y decía que no había Dios ni nada. A los piojitos jóvenes no les dejaban andar con Martínez, porque era un demagogo y un desagradecido, y ya sabemos todos lo propensa que es la juventud para dejarse minar por las teorías disolventes. / Martínez quería reglamentarlo todo. Quería que los piojos marchasen todos en la misma dirección; quería repartir las costuras con arreglo al principio de la autodeterminación; quería fiscalizar los cruza-mientos para el rápido mejoramiento de su raza de guerreros. (213-14)

El llamamiento del piojo Martínez, destinado a movilizar a las masas para conquistar aquella “tierra de promisión” precisa el blanco ideológico del cuento a través de términos como “camarada” y a través de las reminiscencias estalinianas de Martínez que intenta “organi[zar], racionalmente, nuestra vida futura” (214):

—¡La ocasión ha llegado, camaradas! ¡El señor Jacobo es un terreno virgen por explotar! ¡Es la tierra de promisión que ha llegado a nuestros alcances para que en ella nos asentemos y en ella organicemos, racionalmente, nuestra vida futura!

Martínez se secaba las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente.
—¡No hagáis caso de lo que os dicen esos carcamales del senado! El agradecimiento..., ¿qué es el agradecimiento?, ¿qué tenemos nosotros, piojos libres, que agradecer a ese agotado continente que es Alvarito? (214)

El breve capítulo V, de apenas tres frases, evoca el efímero triunfo del piojo Martínez que goza del placer egoísta de haber sido el único en alcanzar la “tierra de promisión”: “¡Estos son horizontes! —decía—. ¡Preparémonos para empezar una nueva vida de regeneración! [Y] se dejaba deslizar, como su estuviese patinando, por la tersa piel recién conquistada” (214). Sin embargo, no tarda en manifestarse el castigo divino. El señor Jacobo, ante las molestias provocadas por el piojo Martínez, se desnuda buscando erradicar el origen

de sus males. El último párrafo nos muestra al piojo Martínez, rindiéndose de manera fatalista al juicio final:

Martínez cerró los ojos... No quiso verse temblar en la hora final y prefirió escapar a que las dos uñas del señor Jacobo, el comerciante, que no iba a dormir en medio de la calle, se encontrasen sobre su cuerpo, esbelto y blanco –¡bien es verdad!–, pero impotente y flaco para oponerse a los designios de la Divina Providencia. (215)

El triunfo de la “Divina Providencia” sobre el espíritu del mal, representado por el piojo comunista, constituye el núcleo de la moraleja ideológica ilustrada por esta parábola, cuya intención didáctica queda asentada desde las primeras líneas, en las que el narrador afirma de manera programática:

Todos los piojos del loco de Alvarito tenían mucho que aprender de lo que voy a relatar, y aún hoy, a los seis meses, al cabo de tantas generaciones, corre el sucedido por las costuras de la camiseta de Alvarito, de boca en boca de los piojos, como una enseñanza que no conviene olvidar, como una historia que para los tiernos piojitos de mayo construyeron los vetustos piojos de diciembre. (212)

Un mensaje ideológico menos evidente e inequívoco se desprende de las «Memorias del cabrito Smith, chivo insurrecto», que Cela cree haber publicado en “una revista o almanaque agrícola del que no pud[o] encontrar título, lugar ni fecha” (325). Salpicada de elementos autobiográficos y de alusiones al maquis, tributaria, además, de la exaltación del hombre de acción presente en los relatos comentados con anterioridad, este “cuento montaraz” podría constituir en cierto modo una parábola –posterior a la caída del régimen nazi– del pacto entre Franco y Hitler. El protagonista y narrador, Roberto Smith y Cabalquinto, chivo de cinco años, es hijo de Walter Smith, “un hermoso ejemplar chamoisé de los Alpes, criado en Devonshire” (317) y de Teresita Jabalquinta, “cabra del país”, sin “pedigree conocido” (317), y por encima “cabra loca” (323), que acabará “atropellada por un camión” (317). De las segundas nupcias de su padre, Roberto tendrá unos hermanastros con nombres muy significativos: “Napoleón, Walter, Adolfo, Silvestre y Victoriano” (318). El autorretrato irónico del chivo Roberto contiene alusiones no demasiado complacientes al

clima cultural del franquismo de posguerra, concretamente al valor modélico de fray Luis y de Garcilaso, que se refleja en la revista literaria del mismo nombre:

Uno no vive casi nunca la vida que quiere sino la que puede. Mi vocación hubiera sido la de llevar la vida de un chivo honesto; la de pasar-me las horas muertas tumbado a la sombra de un árbol frutal, rumiando fresca hierba o aromático heno, viendo pasar las nubecillas de la primavera y leyendo a fray Luis o a Garcilaso. Pero la vida me ha empujado sin contemplaciones y hoy me encuentro al frente de una partida que me teme y me obedece, convertido en un chivo de acción. ¡Vaya por Dios! (316)

Roberto Smith es, pues, “un chivo de acción” (316), variante paródica de estos hombres de acción que acabamos de conocer y que son el conquistador Jerónimo, el bandolero Luis Candelas o el capitán don Evaristo. La trayectoria criminal del chivo empieza cuando se “ech[a] al monte” después de haber matado a “Paulino Elizondo, un chivo viejo y aflamencado que me tenía muy harto” (318). Una vez fuera de la ley, el chivo pacta con el lobo, símbolo manifiesto del aliado germánico de Franco, pues se llama Wolf (el término alemán para ‘lobo’) y que “aunque oper[e] en Castilla, nac[ió] en la Selva Negra” (321). Al proponerle una alianza, el chivo subraya su igualdad con el lobo, ambos “manchados de sangre” y ambos “al margen de la ley”, es decir, ambos caudillos en una guerra brutal:

Yo soy un chivo insurrecto, un chivo sublevado, que me eché al monte porque no aguantaba la esclavitud y porque llevo los cuernos manchados de sangre, como usted tiene los colmillos. Yo, salvo que soy vegetariano, vivo igual que usted al margen de la ley y, sin que por eso quiera discutir su dominio del monte, en el monte he de vivir, como usted vive, y del monte he de hacer mi hogar, mi refugio y mi campo de operaciones. (319)

El lobo está de acuerdo con el argumento del chivo, según el cual “los dos podemos salir ganando si nos ponemos de acuerdo” (319) y acepta de buen grado la ofrenda de una “oveja por semana; no una cabra, que me parecería traición vender a mis hermanos” (320). Bajo estas condiciones, el pacto entre el lobo y el chivo queda sellado. El

lobo le eleva a su rango, quitándole la humillante campanilla y armándole “caballero del monte”:

El lobo me quitó la campanilla y luego, dándome un espaldarazo, me dijo: / —Quedas armado caballero del monte. Ahora, con la cabeza erguida y la barbita en punta, ya puedes presumir de capitán de chivos insurrectos. ¿Cómo te llamas? / —Roberto Smith y Jabalquinto. / —Muy bien. Chivo Smith, que los hados del bosque te sean propicios y que ellos te guarden durante largos años. / Las palabras del lobo me llenaron de emoción. Aquella vida noble y de emociones era la que a mí me gustaba. (321)

Envalentonado por el “resultado espléndido” de su pacto con el lobo, en el que los “dos cumplimos como caballeros y yo vi crecer mi prestigio” (319), el chivo insurrecto monta su propio ejército, reuniendo a “veintitantos chivos selectos, bizarros y valerosos, que me obedecían ciegamente y que, ni por asomo, discutían mis órdenes” (322). La vida que lleva con esta “partida”, dedicándose “al pillaje” y logrando “reunir una fortunita bastante saneada, aunque de todas las presas daba la mitad a mis chivos” (322), nos recuerda la vida intensa e intrépida de los conquistadores o bandoleros a los que Cela dedica los cuentos mencionados arriba. Sin embargo, esta vida ‘apacible’ se acaba de manera abrupta, cuando el chivo Smith, al que “el poder [le] emborrachó”, decide “presentar batalla a una pareja de la guardia civil”, acto imperdonable de soberbia que el mismo chivo comenta con el adagio de que “Dios ciega al que quiere perder” (322). La proeza insensata va a ser “la noche de San Bartolomé de los chivos insurrectos” (322). Salvado “de verdadero milagro” de la masacre, el jefe de los chivos insurrectos va a ver al lobo, quien le “riñ[e] paternalmente”, dándole buenos consejos:

—Pero, chivo loco —me dijo—, ¿en qué cabeza cabe presentar batalla al hombre, que es el único animal que gana siempre? [...] La guerra no debe hacerse más que por necesidad, y, aun así, conviene tentarse antes la ropa. [...] Tu acción es tan disparatada que no demuestra ni valor, pero esto, aquí entre los dos, vamos a callárnoslo porque nadie lo entenderá así y todos pensarán que, en vez de ser un insensato, eres un héroe. (323)

“[T]iernos y sentimentales” como suelen ser los lobos, Wolf le “había cobrado cariño” al chivo y le ruega prometerle “no hacer más

locuras, que así no vas a ningún lado” (324). No obstante su promesa y a pesar de que el “bandolerismo en solitario, aunque entretenido, resulta fatigoso y un tanto expuesto”, el chivo termina por separarse del lobo, “dispuesto a hacer la guerra por [su] cuenta” (324). Vive como chivo solitario hasta que un día un grupo de cabras solicita unirse al prestigioso “cabrito Smith, el chivo insurrecto, orgullo de todas las cabras de España”, exponiendo el siguiente motivo: “Nos apena verte solo y sin poder. Queremos decirte también que estamos hartos de esclavitud y que si tú nos mandas, contigo nos vamos a donde nos llesves” (325). Condescendiente, Smith acepta la oferta de las cabras, pues “no podía hacer oídos de mercader a la llamada de la sangre. Los héroes no nos pertenecemos” (325). De ahora en adelante, sigue firme en su existencia de bandolero audaz al margen de la ley y fuera de la sociedad civil: “Sé, por los periódicos, que se ha puesto precio a mi cabeza y que se han organizado batidas para mi captura. Nada podrán contra mí. Perdiendo he aprendido mucho” (325).

La interpretación de este cuento resulta problemática. Mientras que el pacto entre el chivo y el lobo refleja claramente la alianza entre Franco y Hitler, la continuación del relato tiene una lectura simbólica menos clara. Por motivos históricos, aunque no por las características de la narración, la ruptura entre ambos aliados debería corresponder al final de la Segunda Guerra Mundial. La siguiente “segunda partida” en compañía de las cabras podría simbolizar entonces el pacto de Franco con los Estados Unidos firmado en 1953. Sin embargo, los últimos párrafos del cuento, dedicados al bandolerismo del chivo que vive en el monte junto con su grupo de cabras, fuera de la ley y bajo la amenaza de un expediente de captura, recuerda en muchos aspectos los maquis antifranquistas, lo que llevaría a fechar el presente relato en torno al período de la primera ruptura de Cela con el Movimiento a consecuencia de la publicación de *La colmena* en Buenos Aires en 1951, que le valió, entre otros, la expulsión de la Asociación de la Prensa. De todos modos, las insuperables dificultades a la hora de interpretar de manera unívoca este relato alegórico demuestran la ambigüedad ideológica fundamental de Cela.

Como bien se sabe, Cela fue a la vez censor y víctima.¹¹¹ Este hecho se refleja a nivel ideológico en los cuentos, si se compara, por ejemplo,

¹¹¹ Para una apreciación de la evolución ideológica de Camilo José Cela, véase Julio Rodríguez Puértolas (584-609).

la parábola de los piojos, claramente anticomunista y por consiguiente de acuerdo con la línea del régimen franquista, con el relato «El bar de don Crisantito, el pendolista», prohibido en su día por la censura, según parece.¹¹² Este cuento ilustra la ‘caza de las brujas’ en contra de Crisantito, al que se acusa de que “con eso de la caligrafía se pasaba la vida seduciendo a las mujeres honradas, y que además no respetaba nada y tenía ideas disolventes” (329). Por “perd[er] a la pobre Celedonia, la chacha de Perico, el niño tonto, epiléptico y llorón de los señores de Quevedo”, se le trata de “masonazo” y se le insulta como “libertino medio pagano que [se irá] de cabeza a la cárcel” (329). Como elemento cómico y misógino, Crisantito se defiende presentando el testimonio de un “loro muy de derechas” que pone en entredicho la virtud de la chica, pues “se pasa el día gritando: enséñame las cachas, Celedonia” (330). Cuando al final Perico le destroza el escaparaté impunemente, Crisantito se calla por temor a mayores represalias, pues “tenía el tejado de cristal, como el escaparaté” (331).

Por otra parte, Cela publica, en los medios regentados por la Delegación Nacional de Prensa, relatos sin el menor asomo de militancia política (abstracción hecha de su función de evasión) –ya que trate del “pequeño veraneante” cuyas aventuras anodinas se cuentan en *Arriba*, o de un poema en prosa como «La horca», que Cela publica en el mes de julio de 1944 en *Escorial*, la prestigiosa «Revista de cultura y letras» de Falange (1940-1950), dirigida por Dionisio Ridruejo, junto con Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales y Antonio Marichalar. La obra en cuestión, que se inspira en la homónima composición de Maurice Ravel¹¹³ –basada a su vez en un poema del romántico francés Aloysius Bertrand, «Gaspard de la nuit»– es una obra maestra entre gótica y surrealista, esteticista y tremendista, que obedece, de todos modos, al principio apolítico del arte por el arte.

Los numerosos cuentos que evocan la nostalgia de una vida intensa y heroica –sea como marinero o conquistador, bandolero o militar– corresponden, a un determinado modelo antropológico de carácter vitalista, neorromántico o fascista, al que Cela sin embargo no atribu-

¹¹² La nota acerca de las ediciones explica: “Se publica por primera vez, ya que los hados –cuando fue escrito– no se le mostraron demasiado propicios” (*Obra completa* 331).

¹¹³ “Este cuento lo escribí tras haber oído *Le gíbet*, de Ravel interpretado al piano por Luis Galve, una lluviosa tarde de otoño del año 1943, en su casa de la calle de Serrano, de Madrid, y ante media docena de amigos” (*Obra completa* 456).

ye casi nunca un mensaje claramente falangista o franquista. Por lo demás, respecto a los cuentos cabe constatar la misma ambigüedad ideológica que se desprende de sus novelas coetáneas —a saber *La familia de Pascual Duarte* (1942), *Pabellón de reposo* (1943), *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1944) y *La colmena* (1951)— con las que se relaciona en su temática y estilística. De manera sistemática Cela se sustrae a toda definición ideológica. A este respecto, el títere don Cristobita, protagonista del cuento «Media filiación», resulta tan versátil, cambiante y contradictorio como su creador, don Camilo. Reúne en sí las personalidades más antagónicas, los rasgos más contrarios:

Don Cristobita es un títere amable y atrabiliario, a ratos mala uva y pendenciero, según la luna; a ratos servicial y bien dispuesto. [...] Don Cristobita está siempre a un paso del palo y a otro del altar. Don Cristobita tiene madera de héroe y de desertor, de pícaro y de beato, de caballero y de tahir. [...] Don Cristobita es futbolista y taurófilo, madridista y atlético, litrista y aparicista. A él lo que le gusta es el arte y la fuerza, el temple y la decisión, la emoción de un chut en el larguero o la de un pase en redondo en terrenos del 9, lo mismo le da. (41, 43)

Volvemos a encontrar en él, entre otros, los elementos nacionalistas y racistas que habíamos detectado en «El club de los mesías», pero que el títere lleva al absurdo por su carácter contradictorio: “Don Cristobita es xenófobo y nacionalista y piensa que los extranjeros son tontos, y sucios, y robaperas. A veces, don Cristobita se afrancesa, y entonces se pone insoportable y dice ¡qué horror! si le invitan a un plato de callos” (42).

El cuento «Media filiación», publicado en *Arriba* el 25 de noviembre de 1949 y del cual es protagonista el muñeco, va a aparecer luego en la introducción del tomo II de la *Obra completa* en el que están recogidos los primeros cuentos de Cela. En esta posición destacada y programática, el títere representa, según Cela, un arquetipo humano: “Don Cristobita cree en la transmigración de su propia alma, y algo de verdad debe haber, porque él, que no es viejo, lleva dentro un espíritu tan antiguo como el mismo hombre” (42). Sin embargo, la ‘flexibilidad’ oportunista de don Cristobita que “baila al son que le tocan” (41) y “no tiene ideas propias” (43) corresponde más concretamente a una personalidad formada bajo las condiciones de vida y la mentali-

dad característica del régimen dictatorial. Sin llegar a ser un don Cristobita, Camilo José Cela logra en sus relatos jugar con la sátira, la seriedad y el humor de una manera que auspicia y valida su narrativa mayor y su personalidad social futuras.¹¹⁴

OBRAS CITADAS

- AGUILAR BERMÚDEZ, R.; P. Martín García, R. Cal. «La propaganda franquista en la revista Fotos». *Revista Latina de Comunicación Social* 18 (junio de 1999). 16-XI-2005. <<http://www.ull.es/publicaciones/latina/a1999gjn/85cal.htm>>.
- AGUINAGA, Enrique de. «Cela y las moscas». *Casa Cuartel* (enero-febrero de 2002). 15-XI-2005. <<http://galeon.hispavista.com/razonespanola/r113-cel.htm>>.
- ALBERT, Mechthild. «El tremendismo en la novela fascista». En *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Mechthild Albert, ed. Vervuert-Iberoamericana: Frankfurt am Main, 1998. 101-118.
- . *Vanguardistas de camisa azul. La trayectoria de los escritores Tomás Borrás, Felipe Ximénez de Sandoval, Samuel Ros y Antonio de Obregón entre 1925 y 1945*. Madrid: Visor, 2003
- BONSTETTEN, Karl Viktor von. *L'homme du midi et l'homme du nord ou l'influence du climat*, Genève/Paris: J.J. Pachoud, 1824.
- CELA, Camilo José. *Obra completa*. Tomo II. Barcelona: Destino, 1964.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar. *España en sus episodios Nacionales*. Madrid: Ediciones del Movimiento, 1954.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio. *Literatura fascista española*. Vol. I. Madrid: Akal, 1986.

¹¹⁴ Agradezco a Cristina Cela por su ayuda en la revisión del nivel formal del presente artículo.